

**CHANEL CLEETON**

**LA HISTORIA  
PERDIDA DE  
EVA FUENTES**

*Traducción de:*

**ANA BELÉN FLETES VALERA**



**MAEVA**

*Dedicado a los libros y a los escritores  
que me han cambiado la vida...  
¡Gracias!*



## MARGO

Londres, 2024

LLEGABA TARDE.

No tarde para lo que suele considerarse normal —cuando Margo Reynolds miró el reloj Cartier de segunda mano que llevaba en la muñeca, comprobó con alivio que aún faltaban cinco minutos para la reunión—, pero sí para lo que era habitual en ella. Aunque siempre tenía en cuenta lo impredecible de los desplazamientos por Londres a la hora de calcular el tiempo —retrasos en el metro, aceras llenas de turistas contemplando el paisaje, que se le atascara el tacón en una rejilla de la calle y tuviera que entrar en Harrods a comprarse otros zapatos—, no se le había ocurrido pensar que podrían darse las tres cosas. De modo que, a pesar del día frío y húmedo de diciembre, estaba sudando dentro del abrigo mientras caminaba a un ritmo a medias entre el paso ligero y el trote para llegar a su cita por fuerza de voluntad.

Algo húmedo le cayó en la cabeza.

Apartó la vista de delante un momento y miró al cielo, rogando que fuera un error, que no estuvieran ya ante la primera nevada del invierno.

El margen de cinco minutos se reducía cada vez más.

Otro copo de nieve —si es que podía llamarse nieve a esa mezcla aguada— le dio de lleno en la cara.

Tendría que haber pedido un taxi.

—¿Está nevando?! —exclamó una mujer.

Margo hizo una mueca al oír el chillido de emoción a su lado y la forma en que la palabra se extendió entre la multitud, con el mismo entusiasmo desaforado que se desataba entre los viajeros de un autobús turístico de dos plantas al ver a un famoso justo delante del vehículo.

Puede que Margo no fuera londinense de nacimiento, pero sí lo era por elección y, aun así, en días como ese, cuando las riadas de turistas abarrotaban las aceras, tenía que admitir que lo suyo con la ciudad era una relación de amor-odio. Pero ¿acaso no pasaba lo mismo con todas las ciudades? No te ponían fácil amarlas. No, exigían sacrificio, que tuvieras que currártelo para poder darte el gusto de decir que era tuya, tu casa. Y justo cuando tenías un día horrible y pensabas: «Tendría que irme a vivir a un sitio más tranquilo y fácil», te regalaban un momento de pura magia en forma de precioso escaparate navideño o de comida perfecta o de conexión inesperada con un desconocido, y quedabas atrapado sin remedio.

Londres la tenía bien agarrada, quisiera ella o no.

Margo giró por la primera calle y lo vio allí delante, a la derecha, tal y como se lo había descrito Bea, su asistente, cuando le dio los datos de la reunión.

No había número ni nombre en la entrada, tan solo una sencilla puerta negra sin pretensiones, con un portero delante vestido con un impecable abrigo negro que desafiaba a los copos de nieve a rozarlo siquiera.

Margo inspiró profundamente para tranquilizarse y miró el reloj una vez más.

Tres minutos.

No era ni mucho menos lo ideal, pero nadie podría decir que era una tardona.

Se acercó a la puerta del club y contuvo la tentación de atusarse el pelo, no fuera a habérselo estropeado el copo de nieve.

Los pequeños inconvenientes del día desaparecieron en un instante; las inseguridades que la incordiaban hasta altas horas de la noche quedaron arrinconadas en los confines de su mente. No era lugar para que le entrase un ataque de síndrome del impostor, ni

momento para especular si la tomarían en serio por ser joven y mujer, como tendían a hacer muchos de sus clientes.

Margo se había ganado a pulso su reputación y cada vez que se encontraba en esa situación, a punto de entrar e impresionar, se animaba recordándose que se había esforzado mucho para llegar donde estaba, y eso nadie podría arrebatárselo.

Dio su nombre al hombre de la puerta, y su acento estadounidense le pareció un poco fuera de lugar en aquel bastión de todo lo que parecía representar el territorio de la alta sociedad británica. Había clubes como ese repartidos por la ciudad, donde atendían todas las necesidades de una clientela que buscaba en muchos casos marcar distancias. Margo siempre sería una intrusa allí, pero había conseguido aceptar su posición con los brazos abiertos en vez de rehuirla.

Si la reunión la hubiera organizado ella, habría elegido un lugar donde pudiera vigilar los detalles, donde se sintiera cómoda y consciente de que era ella quien controlaba la situación, pero el cliente le había pedido que se acercara a su club alegando discreción, y a veces se hacían concesiones. Sobre todo cuando aún no había terminado de pagar el crédito de estudios, y eso que hacía seis años que había salido de la universidad.

Siempre era igual antes de la reunión de presentación con un cliente. Adquirir objetos de valor —obras de arte, joyas, antigüedades y otras cosas por el estilo— no era una batalla campal, pero, teniendo en cuenta algunas negociaciones en las que había participado, el escozor de la derrota y también el orgullo de la victoria, a veces lo parecía.

Cuando dirigías tu propio negocio, cuando eras tu propia marca, tus éxitos y tus fracasos descansaban sobre tus hombros. A veces resultaba empoderador, como si tuviera el poder de decidir su propio futuro. Otras, la presión amenazaba con hundirla. Había intentado por todos los medios reducir los gastos generales de su empresa, Reynolds Acquisitions. Tenía solo una empleada, su asistente Bea, y una oficina alquilada en Chelsea para dar buena imagen a los clientes, como el reloj que llevaba en la muñeca y la ropa que había seleccionado con mucho cuidado.

El hombre de la puerta la condujo hasta otro que le pidió que lo acompañara por un estrecho pasillo revestido de madera con retratos enmarcados a ambos lados, de antiguos miembros quizá. Desde luego, tenían todo el aspecto de la clase de hombres que frecuentarían un club como ese; su evidente desprecio era capaz de atravesar el óleo y el lienzo. Por dentro, el sitio era tan pequeño como parecía desde fuera, claro que teniendo en cuenta que estaban en un barrio céntrico de la ciudad, las propiedades inmobiliarias se habían puesto por las nubes, incluso para los asquerosamente ricos. La asaltó de inmediato el olor que asociaba con las tiendas de antigüedades, los artículos de lujo y los clubes exclusivos como ese. Era el olor de la historia y el dinero, y la certeza de que debajo de todas aquellas capas de madera, cítricos y humo se escondían secretos y escándalos.

Al final del pasillo aguardaba otro hombre, vestido con traje verde, que le quitó el abrigo negro bajándoselo por los hombros hábilmente, con la práctica de quien lo había hecho miles de veces.

Se respiraba una callada eficiencia, un aire de riqueza que había notado nada más llegar ante la puerta lacada.

Sus tacones nuevos repiqueteaban en el suelo de madera. Inspiró profundamente una, dos veces, y consiguió liberar un poco la rigidez del cuello y los hombros. Llevaba siglos sin ir a pilates por las exigencias de una agenda colmada de viajes, y la tensión era un indicador de que necesitaba descansar.

La elección del lugar para reunirse dejaba bien claro que era un cliente con contactos. El informe que llevaba consigo era más fino de lo que le habría gustado, pero a veces eso pasaba en el terreno en el que se movía.

Además, la cantidad de dinero que le estaba poniendo delante era tremendamente alta, igual que el coste de la vida en Londres.

Margo entrelazó las manos, tratando de contener la mezcla de ansiedad y expectación que le recorría el cuerpo. Se tocó el dedo anular con la intención de hacer girar el anillo de compromiso y la alianza, pero no encontró nada.

Divorciarse también era tremendamente caro.

En su profesión, el secretismo a veces estaba justificado —un cliente importante ansioso por ocultar su identidad—, y a veces era

más una imaginación portentosa, un deseo envuelto en un halo de misterio, lo que impulsaba la necesidad del posible comprador. Algunos clientes se limitaban a escribirle austeros correos electrónicos de una línea sin preocuparse por las pesquisas necesarias, centrados únicamente en el objetivo final. En cambio, otros parecían disfrutar más con la investigación que con la adquisición del artículo en sí, lo veían como una especie de búsqueda del tesoro y les encantaba exaltar el romanticismo y la intriga de la misión, como si para ellos fuera una placentera forma de evasión del tedio de la vida cotidiana.

Cuando llegaron al final del pasillo, el hombre la acompañó hasta un acogedor comedor con media docena de mesas redondas cuidadosamente distribuidas. Solo dos estaban ocupadas: una por un grupo de hombres cuyas risas se oían en toda la sala; la otra, por una sola persona.

Supuso que sería su nuevo cliente.

El hombre estaba de espaldas a la pared y miraba hacia la puerta. Vestía un traje gris azulado de apariencia cara y camisa blanca, pero el botón del cuello estaba desabrochado y no llevaba corbata, lo que dejaba a la vista un tono bronceado que, desde luego, no había podido adquirir en el sombrío invierno londinense.

Se levantó con expresión expectante. Margo estaba segura de que él también se habría documentado sobre ella y que habría conseguido más información que ella sobre él, pues pareció reconocerla al instante.

El hombre —William Greer, según había apuntado Bea en su agenda— tendría unos diez años más que ella, cuarenta y pocos tal vez; el pelo muy corto dejaba a la vista algunas canas en las sienas. La postura, la forma de seguirlos con la mirada a ella y al resto de los presentes en el comedor y el cuerpo tenso y alerta, incluso en ese ambiente relajado, le daban un aire militar. No parecía que se hubiera criado entre clubes privados como ese. Desde luego, no se lo veía muy cómodo pese a haber sido él quien había sugerido que se reunieran allí.

—Señora Reynolds —saludó con acento estadounidense.

—Señor Greer —respondió ella, sosteniéndole la mirada. Puede que él hubiera elegido el lugar, pero Margo se negaba a dejarse acobardar solo porque estuvieran en su terreno. No tenía ningún

interés en un cliente que iba a ser una pesadilla; mejor dejarle claro que su capacidad de aguantar el egocentrismo era limitada.

Un amago de sonrisa asomó a los labios del hombre. No se molestó en devolverle la mirada, como si ya hubiera visto todo lo que necesitaba saber de ella.

La mayor parte de la clientela le llegaba por referencias de personas que habían trabajado con ella anteriormente y otros contactos profesionales, lo que aseguraba un cierto grado de fiabilidad. A Greer se lo había recomendado un marchante de arte de Nueva York con quien había colaborado en varias ocasiones. Le había dicho que tenía mucho dinero y era conocido por su discreción. No había visto nada objetable en su email, nada ilegal o inmoral, de modo que había accedido a reunirse con él.

Margo se sentó en la silla que le ofrecía y él hizo lo propio a continuación.

El *maître* se retiró sin hacer ruido, y en su lugar apareció un camarero que les tomó nota de la bebida y desapareció rápidamente.

—Tengo que encontrar algo que necesita mi jefe —dijo el hombre sin entretenerse en los cumplidos de rigor. Por algún motivo, el efecto no fue tan molesto como hubiera podido pensar. Encajaba con esa impaciencia que parecía irradiar.

Algunos clientes se habían convertido en amigos. Le enviaban tarjetas navideñas y se interesaban por su vida, y últimamente alguno había intentado emparejarla con hombres que no le interesaban en absoluto. Con otros la relación era puramente de negocios. No tenía una preferencia. Cada tipo tenía sus beneficios. En ocasiones agradecía poder hacer su trabajo y olvidarse. En otras —cuando encontraba una reliquia familiar desaparecida o conseguía un regalo para una persona muy querida— se implicaba en la vida de sus clientes, como si tuviera un lugar en la periferia de sus vidas. Porque Margo dedicaba tanto tiempo a trabajar y tan poco a su vida personal que, si le quitaban los contactos profesionales, la lista de personas en su móvil era muy pequeña.

Entonces, Greer era un intermediario. No le extrañaba que hubiera encontrado tan poca información sobre él. Apostaría lo que fuera a que era su jefe quien pertenecía al club. ¿Sabría el marchante

de arte que había otra persona detrás de las adquisiciones? Por alguna razón pensó que no.

Había algo en su voz, una brusquedad que no encajaba con la elegancia del club. Le costaba ubicar su acento. Era estadounidense, sí, pero no conseguía asociarlo con una región concreta. O no había vivido mucho tiempo en un mismo sitio o se había esforzado en borrar las huellas de su origen.

Si el contacto que le había dado su referencia no se había dado cuenta de que se trataba de un intermediario, ¿qué otros detalles se le habrían escapado?

—No acepto encargos de artículos ilegales. Supongo que el señor Mitchell se lo habrá dicho. Tampoco participo en asuntos turbios. Dormir bien por la noche no está pagado con dinero. Yo decido el tipo de objetos que voy a adquirir.

No sería la primera vez que se lo sugiriesen. El problema de ese negocio era que, en ocasiones, la gente se olvidaba de la integridad cuando deseaba algo con todas sus fuerzas y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de conseguirlo. Los coleccionistas podían obsesionarse realmente con aquello que deseaban, y Margo se había preguntado no pocas veces qué haría ella en su lugar, si habría algo por lo que estuviera dispuesta a hacer lo que fuera. No era capaz de imaginarlo.

Buscar objetos raros y valiosos tenía un lado peligroso. Al fin y al cabo, algunos de los objetos que quería la gente valían muchísimo dinero, y cuando había dinero de por medio, las personas eran capaces de todo. Ella tenía cuidado con los clientes que aceptaba y las piezas que debía buscar. Había rechazado uno o dos encargos —a veces deseaba que hubieran sido más— en los que las cosas se adentraban en territorios en los que no se sentía cómoda. Pese a la preocupación de su ex, Margo no era una persona temeraria que pusiera en peligro su seguridad, y su ambición personal no la había llevado nunca a aceptar encargos involucrados en asuntos turbios como el contrabando o el robo.

Greer volvió a sonreír.

—Por supuesto. Como muchos de sus clientes, mi jefe es un ávido coleccionista, el tipo de hombre que aprecia la belleza. En los últimos tiempos, le interesan mucho los libros. Y hay uno que tiene

un valor sentimental para él. Lleva tiempo buscándolo, pero es un título relativamente desconocido y no ha tenido mucho éxito. Le gustaría que se encargara usted de encontrarlo.

Aquello la pilló por sorpresa. No se esperaba un libro.

Si bien había adquirido ediciones raras en alguna ocasión, los libros no eran su especialidad ni mucho menos. Pero no le pareció un encargo difícil, sobre todo cuando conocía a alguien que podía ayudarla a encontrarlo.

—Mi jefe ha autorizado veinte mil libras —añadió el hombre.

No era la cantidad más alta que le habían ofrecido por buscar un objeto, pero tampoco era baladí, teniendo en cuenta que el propio Greer había dicho que no era un título muy conocido.

—Veinte mil libras es una buena suma para algo que solo tiene un valor sentimental.

—Mi cliente es un hombre sentimental. Y reservado también. Nos han dicho que comprende usted bien la necesidad de discreción en estos asuntos.

—Así es.

El hombre sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la chaqueta y se la entregó sin decir palabra.

En el centro, escrito con letra negra mecanografiada, se leía el título seguido del nombre de la autora.

## **TIEMPO PARA OLVIDAR**

**Eva Fuentes**

Jamás había oído hablar del libro ni de la autora.

—El asunto es un poco urgente. Se rumorea que el libro podría salir a la venta y que hay otras personas interesadas. Mi jefe quiere tenerlo antes de que salga a subasta y el precio suba de forma considerable o pierda la oportunidad por completo.

No era inusual que un cliente quisiera adquirir un objeto antes de que llegara a subastarse para evitar una guerra de pujas, como tampoco era extraño ocultar el interés en un artículo para evitar que llamara demasiado la atención. Pero tendría que darle algún otro dato, ¿no?

—Entiendo que a su jefe solo le interesa la primera edición. ¿Sabe cuántas copias del libro hay en circulación?

—Una.

—¿Una?

Margo estaba empezando a comprender por qué aquel hombre estaba dispuesto a pagarle el doble de su tarifa.

Greer asintió con la cabeza.

—Como le he dicho, no es un título muy conocido.

—Y aun así hay varias personas interesadas.

—Sí.

El primer objeto que había conseguido para un cliente fue un juego antiguo de mesa y sillas de comedor al que había seguido la pista por dos continentes. Investigar el historial de ventas, localizar las piezas y notificar al cliente la buena noticia la había hecho sentir un poco como una detective. La búsqueda había sido de lo más estimulante, puede que más si cabe que la satisfacción final de haberlo logrado. Se le daba bien lo que hacía porque le encantaba.

—¿Cuándo se publicó? —preguntó Margo.

—En 1901.

—¿Cómo saben que todavía existe?

—Existe. Creemos que estuvo en Cuba en un momento dado, pero no volvió a saberse más tras la Revolución. Hasta ahora.

Le estaba ocultando algo, pero ella no se había creado una reputación a base de presionar a sus clientes para que le dieran información. Le molestaba que no fuera transparente del todo con ella, pero no era ni mucho menos la primera vez que le ocurría, y tampoco sería la última. Tendría que unir las piezas del puzzle ella sola.

—¿Y si el precio sube? ¿O el dueño no está dispuesto a vender el libro antes de la subasta? ¿Hasta qué punto desea su jefe hacerse con él?

—Lo suficiente como para contratarla, señora Reynolds. Su reputación la precede. Igual que su discreción. Mi cliente no quiere que se difundan sus negocios personales. Ni que la gente se entere de quién es y arriesgarse a que suba el precio. Consígale el libro por una cantidad justa y estará contento. Este podría ser el comienzo de una relación comercial beneficiosa para ambos. Considérela una

prueba. Si todo va bien, tal vez la contrate para que adquiera más obras de arte valiosas para él. ¿Trato hecho?

Margo pensó en ello detenidamente. La perspectiva de trabajar más veces para ese cliente, el dinero que podía ganar... era tentador, y la emoción de la búsqueda la atraía como el canto de una sirena.

El cliente quería que le consiguiera un libro. ¿Qué peligro podía entrañar?

—Trato hecho.

—¿QUÉ TAL LA reunión? —le preguntó Bea por teléfono.

Bea llevaba trabajando con ella tres años, y Margo no se imaginaba la vida sin ella. Había vacilado mucho antes de contratar a una asistente. Después de llevar toda la vida ocupándose personalmente de sus cosas, le costaba mucho delegar responsabilidades en otra persona, confiarle detalles de su empresa, vital para su existencia. Pero Bea era extraordinaria y en ningún momento había lamentado la decisión de contratarla.

Margo se apoyó el móvil en el cuello mientras se abrochaba los botones del abrigo.

Se había puesto a nevar de verdad durante la reunión y los copos empezaban a cuajar sobre el pavimento.

Soltó una palabrota sin poder evitarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Bea.

—Sí, es que se ha puesto a nevar en serio.

Bea era londinense de pura cepa, por lo que entendía mejor que nadie lo que eso implicaba cuando estabas en una zona turística de la ciudad.

Por delante de Margo, la gente se paraba en medio de la acera, alucinada con los copos que caían.

—¿Y la reunión? —volvió a preguntar Bea—. ¿Tenemos un encargo nuevo?

—Bien. Me he reunido con un intermediario. Su cliente quiere que le busquemos un libro.

—No será muy complicado.

—Es lo que pensaría cualquiera, pero al parecer solo hay un ejemplar en el mundo.

—Será una broma.

—No es broma. Recuérdame luego que lo que más me gusta de este trabajo es que nunca me aburro.

—Eso es verdad.

Margo oía por el móvil el ruido de fondo en su pequeña oficina de Chelsea. Avanzó entre la multitud bajo la nevada, que empezaba a arreciar. Iba a ser complicado conseguir un taxi.

Alguien la empujó por detrás y se volvió a mirar. Dos chicas adolescentes iban escribiendo en el móvil, con varias bolsas de acabado satinado colgando de las muñecas de ambas. Se mostraban tan indiferentes a la nieve como a ella. Margo ojeó por detrás de ellas y su mirada se cruzó con la de un hombre con chaqueta negra que caminaba unos pocos pasos por detrás de las chicas. No miraba caer los copos, sino al frente, directamente a las chicas, que parecían completamente ajenas a su presencia.

Era un tío grande como un armario, corpulento y mucho más alto que ella, que medía uno sesenta y ocho. Llevaba el pelo rubio muy corto, casi rapado.

Margo aflojó el paso ligeramente para dejar pasar a las chicas y esperó a ver si el hombre hacía algo para seguirlas.

No lo hizo.

Mejor. Tal vez hubiera sido una reacción exagerada, pero como mujer joven y soltera que era había aprendido a ser cautelosa en la gran ciudad. También a ella la habían protegido otras mujeres, así que era justo que ahora hiciera ella lo mismo. En los últimos tiempos, estaban robando muchos móviles...

—Margo...

La voz de Bea la hizo volver a la realidad.

—¿Sí?

—Transferencia confirmada. Ya tenemos el dinero en la cuenta.

—Habrá que ponerse a trabajar, entonces.

—¿Vas a volver a la oficina hoy?

—No, voy a Notting Hill —respondió ella.

—¿Vas a ver al señor Thornton?

—Creo que es quien más me puede ayudar a localizar el libro. Seguro que agradece el desafío.

Margo giró por una calle mucho menos concurrida. Aún tenía que andar un poco para llegar a la estación de metro, pero por lo menos por allí no había tantos turistas como en la calle principal.

Se volvió a mirar una vez más mientras caminaba, ahora con zancadas más largas.

Las adolescentes habían desaparecido y en su lugar vio a una familia, la madre discutiendo con sus hijos sobre la necesidad de subirse la cremallera del abrigo porque estaba nevando. El hombre de la chaqueta negra iba cincuenta metros por detrás de la familia.

Llevaba la cabeza baja para que no pudiera verle la cara, pero avanzaba por la acera con determinación.

Pero entonces, ¿por qué de repente aflojaba el paso?

Margo vaciló un momento con inquietud. También ella redujo un poco el paso para dejar que la adelantara.

No lo hizo.

Margo volvió a mirar hacia atrás.

La familia seguía allí, justo detrás de ella, pero no se veía al hombretón por ninguna parte.

Respiró aliviada y se le calmó el pulso.

A los pocos meses de instalarse en la ciudad le robaron en plena calle. Ocurrió tan rápido que no se dio ni cuenta hasta que fue a pagar un café y se fijó en que no tenía la cartera. Entonces recordó que alguien la había rozado al pasar junto a ella y que el asa del bolso se le había caído del hombro. Aunque no le pasó nada, más allá de la pesadez de cancelar las tarjetas de crédito y renovar el documento de identidad, empezó a tener más cuidado por la calle.

Dobló una esquina y vio la señal del metro.

Seguro que iría a tope, sobre todo siendo hora punta. Tomaría la línea Victoria hasta Oxford Circus y allí haría transbordo a la línea Central, que la llevaría a Notting Hill Gate.

LA LIBRERÍA ESTABA escondida en un rinconcito de Notting Hill, con su toldo verde y su puerta del mismo color, invitando al

público a cruzar los adoquines y entrar a descubrir las aventuras que aguardaban entre las páginas de un libro para cambiarle la vida para siempre.

El señor Thornton llevaba décadas al frente de la librería y era una pieza clave en la comunidad literaria londinense. Era la persona a la que acudir cuando buscabas un libro especial. Puede que en su tarjeta de visita se leyera «librero», pero en la práctica era un historiador de libros. Conocía todos los secretos y nunca le había fallado cuando tenía que encontrar uno particularmente difícil.

También era una especie de mentor para ella, uno de los colegas en su ámbito de trabajo que más admiraba por su dedicación, profesionalidad y pasión. Siempre había sido amable y servicial con ella, incluso cuando estaba empezando y poca gente la tomaba en serio por ser joven e inexperta.

Margo había empezado en redes sociales y se había especializado en encontrar antigüedades únicas que vendía gracias a su presencia en el ámbito online. No consiguió saldar apenas nada del préstamo de estudios, pero sí le había servido para ganar seguidores y contacto con una clientela que constituían los cimientos de su empresa.

Uno de sus primeros clientes le llegó por una recomendación y la contrató para que le consiguiera una serie de libros de Dickens bastante raros. Por entonces, Margo necesitaba con urgencia ingresos para levantar la empresa. Había pedido ayuda a uno de sus profesores de la universidad, y fue él quien le recomendó que preguntara en la librería Thornton. Jamás olvidaría la ayuda que le prestó y cómo la trató. No era la primera vez que sufría un ataque del síndrome del impostor, y tampoco sería la última, pero hubo un momento en su carrera en que sintió que no iba a triunfar y que tendría que abandonar, y aquel librero la animó a seguir.

Margo abrió la puerta y la envolvió el familiar aroma a libro antiguo y a limón de la cera para pulir los muebles, mientras la campanilla dorada de la puerta avisaba de su llegada.

—Un momento —dijo una voz desde la trastienda, y, aunque no lo veía desde la puerta, Margo lo imaginó inclinado sobre un libro en su mesa de caoba. En una ciudad en constante movimiento como Londres, le encantaban esos sitios tranquilos, esos pequeños

refugios que te transportaban nada más entrar, donde las pequeñas de la vida diaria desaparecían.

Margo se entretuvo examinando detenidamente las estanterías, tratando de recordar la última vez que había leído un buen libro. Era uno de sus propósitos de Año Nuevo todos los años: leer más, ir en el transporte público desde su piso en Kensington hasta la oficina en Chelsea escuchando un audiolibro, apuntarse a un club de lectura, empezar de una vez por todas la interminable lista de libros que había ido apuntando mentalmente, por recomendación del señor Thornton y otras personas.

Cuando era más joven adoraba leer y pasar horas en librerías y bibliotecas. Le encantaban los libros de misterio y se imaginaba que se colaba entre las páginas y ocupaba el lugar del protagonista. Las aventuras que leía se convertían en propias y, aunque siempre había vivido en Virginia, en su desbordante imaginación viajaba a través del tiempo y el espacio, atravesando océanos y siglos.

¿Cuándo había cambiado su hábito de leer? ¿Cuándo había perdido la capacidad de imaginar? ¿En el máster tal vez? ¿Antes? Los estudios le habían quitado las ganas de leer por el placer de hacerlo. Recordaba hacerlo para los exámenes, la cantidad de marcadores que había gastado subrayando las finísimas páginas de los libros de texto, el estrés de pensar que, si sus notas bajaban, perdería la beca. Se acordaba de que leía de noche hasta que las letras se volvían borrosas y la cabeza le dolía de agotamiento.

No recordaba la última vez que había leído por placer.

Alargó la mano y acarició el lomo del libro que tenía delante.

—Ese es muy bueno. Creo que te gustaría.

Margo levantó la vista y se sorprendió al ver al señor Thornton de pie ante ella con cara de perplejidad. Era imposible que pudiera ver las letras doradas del título desde donde se encontraba, pero no le sorprendió que supiera qué libro era solo por su posición en la estantería. Conocía al dedillo cada ejemplar de su tienda.

—Te lo regalo —añadió el librero al tiempo que se acercaba a la estantería y sacaba la novela para entregársela.

La sensación familiar del libro en las manos encendió una chispa en su interior, el recuerdo de cuando era pequeña y su madre la

llevaba a la biblioteca después del colegio. Por entonces el hecho de poder hojear todos aquellos libros y llevárselos gratis a casa para estudiarlos le parecía cosa de magia.

Margo sonrió.

—Gracias.

—Un placer. Tienes pinta de necesitar un buen libro.

—¿Cómo lo sabe?

En su profesión, era importante aprender a leer a la gente, entender la conducta humana para poder predecir sus deseos y necesidades, y también sus vulnerabilidades. El señor Thornton tenía un don para leer a las personas, pero lo hacía de un modo que resultaba profundamente calmante. Puede que al conseguir libros para los demás hiciera realidad también sus sueños.

—Pareces distraída. Como si estuvieras dándole vueltas a un problema que no sabes muy bien cómo resolver. Trabajas demasiado.

—Yo podría decir lo mismo de usted —bromeó ella.

El hombre se rio.

—Muy cierto. ¿Vamos a embarcarnos en otra aventura libresco?

—Es posible. Necesito ayuda —admitió.

—A ver si lo adivino. Un cliente te ha pedido un libro imposible de encontrar.

—No sé si es imposible, pero sí tengo un cliente que busca un libro que se supone que van a subastar y quiere que yo lo consiga antes de que eso ocurra. Dice que tiene un valor sentimental para él. Pero no sé ni por dónde empezar y al parecer solo existe un ejemplar.

El librero silbó y esbozó una amplia sonrisa.

—Eso sí que es un desafío.

Margo sonrió también.

—Tenía el presentimiento de que lo aceptaría. Cuando necesito un libro, usted es la primera persona que me viene a la mente.

—Es un honor.

Lo dijo más como una formalidad que otra cosa. Los dos sabían que se había ganado una reputación y el respeto que la acompañaba.

Margo sacó el papel doblado del bolso y se lo entregó. El hombre lo desdobló y leyó el contenido.

—Interesante —dijo y levantó la vista para mirarla con ojos brillantes.

—¿Qué es lo que le parece interesante? ¿Ha oído hablar del libro? —preguntó Margo emocionada.

¿De verdad iba a ser tan fácil? Había ido a verlo pensando que si alguien podía encontrar el libro era él, pero como era un ejemplar inusual, no quería tener la esperanza de que lo conociera personalmente.

—Hace un mes vinieron preguntando por este mismo libro.

El corazón de Margo empezó a latir con fuerza.

—¿Era un tal William Greer? ¿Tenía acento estadounidense?

—Era un hombre, pero no era estadounidense. No recuerdo cómo se llamaba.

¿Había alguien más tras el libro? ¿Lo habrían encontrado?

—Algo mayor que tú, tal vez —contestó el librero—. Sobre los cuarenta.

—¿Dijo por qué lo buscaba?

—No que yo recuerde.

—¿Pudo localizarlo?

—No, y no encontré gran cosa. La autora era cubana. Ya no vive. Lo escribió en inglés y lo publicó una pequeña editorial de Boston que ya no existe. Apunté el nombre. Puedo buscártelo. A ver si lo encuentro. Le di todo lo que tenía, y no he vuelto a saber nada de él.

—¿Me deja ver lo que averiguó sobre el título?

—Por supuesto. A ver si lo encuentro —dijo con una mueca—. Mis archivos están hechos un...

—Desastre —terminó Margo con una sonrisa.

El librero se rio.

—Me conoces bien. Te confieso que he estado muy liado con un envío que he recibido de Amberes.

La parte de la librería de cara al público estaba impecable, pero no podía decirse lo mismo de la trastienda, donde realizaba las tareas de administración. Era casi como si agotara toda su capacidad organizativa catalogando los libros y no le quedaran fuerzas para labores tan anodinas como las facturas.

—¿Cuánto cree que tardará en reunir la información? —preguntó Margo—. Sé que está ocupado.

—Pásate por aquí mañana. Te prometo que tendré algo. ¿Hacia las seis te va bien? Cuando cierre. Nos tomamos un té y charlamos un rato.

—Perfecto, aquí estaré. Y gracias por el libro —dijo con un gesto hacia la novela que le había regalado—. Estoy deseando empezarlo.

Se lo guardó en el bolso y salió de la librería con el teléfono en la mano. Si alguien más había ido a ver al señor Thornton para preguntarle por el libro, tenía que darse prisa.

Por suerte había dejado de nevar cuando llegó al metro, que seguía lleno de gente, entre turistas y locales. Al llegar, lo que más la atrajo de Londres fue que era una ciudad que nunca dormía, en la que siempre había algo que hacer, de día o de noche. Algo de ese asombro se había disipado, en parte por el ritmo de lo cotidiano y las obligaciones, pero seguía sintiendo la energía vital de la ciudad.

Se abrió paso entre la multitud en dirección al andén justo cuando se oía el estruendo familiar del tren entrando en la estación.

Subió al vagón quejándose para sí por lo abarrotado que iba esa tarde; ni un sitio libre. Se había hecho ilusiones de sentarse y empezar su libro, pero parecía que iba a hacer el viaje de pie.

Consiguió hacerse un hueco entre dos mujeres trajeadas, rozándose unas con otras tratando de encontrar la posición para no caerse.

Al cerrarse las puertas, se fijó en la cara de los pobres viajeros que habían perdido el tren por los pelos; una mujer golpeó las puertas que se le cerraron en las narices.

Margo ahogó una exclamación.

El hombre de la chaqueta negra estaba allí también, de pie en el andén. Los separaban las puertas del vagón.

El recuerdo le llegó fragmentado, pero era el mismo hombre, el que había visto en la calle después de su reunión con Greer.

Margo se fijó en cómo escudriñaba el interior de los vagones hasta que... la localizó.

Y el tren se la llevó de allí.